

# De bandas, bardas y pieles: Dialogando con Rogelio Marcial<sup>1</sup>

Carles Feixa<sup>2</sup>  
carles.feixa@upf.edu.

## Resumen

Este artículo pongo en diálogo la trayectoria de Rogelio Marcial con mi propia trayectoria en el estudio de las bandas y culturas juveniles. En el prólogo hago un repaso de algunos momentos de encuentro intelectual y personal. En la parte central rescato cinco momentos de convergencia en forma de retazos etnográficos: mi primera incursión al estudio de los chavos punk en la ciudad de México en 1991; mi investigación sobre la globalización de las “bandas latinas” en la Barcelona de 2005; el prólogo que escribí al libro de Marcial sobre las pandillas en Guanatos en 2014; mi aproximación a *The Gang*, la etnografía clásica de Thrasher sobre las pandillas en Chicago de 1926 que traduje y edité en 2020; y mi investigación actual sobre los grupos juveniles de calle en Rabat (Marruecos) en 2021. En el epílogo intento poner en relación estos cinco momentos con los mundos de vida que Marcial se propuso investigar: las pandillas (las bandas), su mundo exterior (las bardas) y su mundo interior (la piel).

1 Fecha de recepción: marzo de 2021. Fecha de aceptación: mayo de 2021.

2 Catedrático de antropología social, C/ Roc Boronat, 138. 08018 Barcelona (Catalonia-Spain). Doctor por la Universidad de Barcelona y Honoris Causa por la de Manizales (Colombia). Profesor en la Universitat de Lleida e investigador visitante en Roma, México, París, Berkeley, Buenos Aires, Santiago de Chile, Newcastle y Lima. Especializado en el estudio de las culturas juveniles, investigando sobre el terreno en Cataluña y México. Algunos de sus libros: *De jóvenes, bandas y tribus* (1998), *Jovens na America Latina* (2004), *Global Youth?* (2006), y *El Rey. Diario de un Latin King* (2020). En la actualidad dirige el proyecto TRANSGANG, financiado por el European Research Council.

**Palabras clave:** Bandas. Bardas. Piel. México. Guadalajara. Barcelona. Chicago. Rabat. Rogelio Marcial.

### **Abstract**

This article puts the trajectory of Rogelio Marcial in dialogue with my own trajectory in the study of youth gangs and cultures. In the prologue I review some moments of intellectual and personal encounter. In the central part I rescue five moments of convergence in the form of ethnographic scraps: my first foray into the study of punk gangs in Mexico City in 1991; my research on the globalization of “Latino gangs” in Barcelona in 2005; the foreword I wrote to Marcial’s book on gangs in Guanatos in 2014; my take on *The Gang*, Thrasher’s classic 1926 ethnography of gangs in Chicago that I translated and edited in 2020; and my current research on street youth groups in Rabat (Morocco) in 2021. In the epilogue I try to relate these five moments with the life worlds that Marcial set out to investigate: the *pandillas* (the gangs), his outside world (the walls) and its inner world (the skin).

**Keywords :** Gangs. Walls. Skin. Mexico. Guadalajara. Barcelona. Chicago. Rabat. Rogelio Marcial.

## Prólogo

Me parece pertinente hablar de culturas juveniles para referirse a las formas de agregación, participación, relación y expresión de aquellos jóvenes que se desmarcan abiertamente de los referentes culturales oficiales.  
(Marcial, 2004)

Escribo esta introducción en el tren AVE camino de Madrid para tomar el avión con destino Rabat, donde llevaremos a cabo una visita etnográfica en el marco del proyecto TRANGANG

que actualmente dirijo, que compara las bandas juveniles en doce ciudades del norte de África, sur de Europa y las Américas.<sup>3</sup> Lo escribo por dos motivos, uno limitante -no tengo a mano los libros de Rogelio Marcial, que he dejado en mi despacho, y por tanto no puedo consultarlos para inspirarme-; y otro impulsor -en mi destino veremos muchas bardas y pieles de personas jóvenes de ámbitos subalternos del sur global, objeto de estudio central de Marcial y foco de este número especial en homenaje a su obra.

Si mi memoria no me falla, la primera persona que me habló de Rogelio fue Teresa Férriz, una investigadora de estudios literarios de la Universidad de Lleida, donde entonces yo trabajaba, que estaba realizando una estancia en Colegio de Michoacán, para estudiar la literatura del exilio español y catalán. Al regreso de mi estancia en México en 1991 para estudiar las bandas juveniles, Teresa me había contactado para preparar su estancia y yo le había facilitado contactos y consejos. En Michoacán coincidió con Rogelio, que cuando supo de dónde procedía le preguntó por mí: había leído algún artículo mío y tenía interés en conocerme, pues los temas y enfoques, que entonces él empezaba a construir, eran coincidentes. No tardó en enviarme sus primeras publicaciones: Desde la esquina se domina (Marcial, 1996) y Jóvenes y presencia colectiva (Marcial, 1997), que conservo en mi despacho. A cambio yo le envié mis textos; cuando publiqué De jóvenes, bandas y tribus (Feixa, 1998a) y El reloj de arena (Feixa, 1998b) me escribió para felicitarme. Luego me invitó a participar en el catálogo de una exposición sobre la edad que él comisariaba (Feixa, 2000).

En 2004 nos encontramos en Guadalajara, con motivo de la presentación del libro Tiempo de híbridos. Jóvenes Catalunya-México (Reguillo et al., 2004), impulsado por el Instituto Mexicano de la Juventud en el marco de la FIL, que ese año estaba dedicada a la literatura catalana, y donde Rogelio aportaba un texto (Marcial, 2004). Me devolvió la vista cuando llevó a cabo una estancia en la Universidad de Girona y nos encontramos en mi ciudad. Años más tarde me pidió un prólogo para su nuevo libro sobre las bandas en Guanatos (Marcial & Vizcarra, 2014), que escribí con gusto y él agradeció, y que reproduzco parcialmente en este artículo (Feixa, 2014). Debíamos haber vuelto a coincidir en La Habana

3 Este proyecto ha recibido financiación del European Research Council (ERC) en el marco del programa de Investigación e Innovación de la Unión Europea HORIZON 2020, grant agreement No 742705. [www.upf.edu/web/transgang](http://www.upf.edu/web/transgang).

durante uno de los Congresos bianuales que organiza el Centro de Estudios sobre Juventud de Cuba, donde me consta que tiene muchos seguidores -o más bien seguidoras- pero por razones que no recuerdo no pudo acudir a la cita. La última colaboración fue a raíz de un libro coordinado por nuestro común amigo Alfredo Nateras (Nateras et al., 2020). Hace unos meses supe por nuestra común amiga Maritza Urteaga que padecía una enfermedad incurable, y seguí por Facebook la conmoción causada por su fallecimiento. Por eso cuando Toni Vilà me propuso participar en este número en su honor no dudé en aceptar (también acepté inicialmente intervenir en el homenaje preparado por la Universidad de Guadalajara, aunque finalmente tuve que renunciar porque se retrasó, coincidiendo con el viaje que ahora empiezo).

De alguna manera, estos encuentros intermitentes a lo largo de tres décadas son testimonio de una convergencia teórica y metodológica que traspasa las fronteras geográficas y generacionales. He dudado cómo podía contribuir a este número sin repetirme ni caer en el panegírico. Y he decidido hacerlo rescatando cuatro momentos de nuestras trayectorias convergentes en forma de retazos etnográficos: mi primera incursión al estudio de los chavos punk en 1991, a partir del fragmento de un libro en curso de publicación a un miembro de los Mierdas Punks (Feixa & Valle, 2022); un fragmento de mi investigación sobre la globalización de las pandillas en Barcelona (Feixa, 2020); un fragmento del prólogo que escribí a su libro sobre las pandillas en Guanatos (Feixa, 2014); un fragmento de mi aproximación a The Gang, la etnografía clásica de Thrasher sobre las pandillas en Chicago (Thrasher, 1926/2020; Feixa et al., 2020); y mi investigación actual sobre los grupos juveniles de calle en Marruecos en 2021 (Feixa et al., 2019). En el epílogo intento poner en relación estos cuatro momentos con los mundos de vida que Marcial se propuso investigar: las pandillas juveniles (las bandas), su mundo exterior (las bardas) y su mundo interior (la piel).

### *Los Olvidados en El Chopo*

Mi primer día de trabajo de campo con los “chavos banda” mexicanos lo pasé en el Chopo, un soleado día de marzo de 1991, acompañado de mi mujer Montserrat y de Maritza Urteaga, con quien luego compartiríamos amistad con Rogelio. Al llegar a México pensaba encontrar las palomillas locales retratadas por Luis Buñuel en *Los Olvidados* (Buñuel, 1950/1980; ver

Feixa, 2020), pero lo que encontré fueron punks cosmopolitas. Transcribo a continuación un fragmento del diario de campo que escribí ese día, que próximamente se publicará como introducción a la biografía de un miembro de la pandilla que estudié después: los Mierdas Punks (Feixa & Valle, 2022).

Según el dicho popular, “cuando dos mexicanos se juntan, arman un tianguis”. El tianguis es el nombre en náhuatl del mercado callejero, una verdadera institución nacional en México. El trueque, la venta, la conversación, el paseo, son actividades que articulan espacios de convivencia e intercambio de origen prehispánico, que a través de múltiples formas han pervivido a lo largo de los siglos. El Tianguis Cultural del Chopo es una de las variantes contemporáneas de esta vieja tradición: se trata del mercado creado espontáneamente por coleccionistas de rock y chavos banda hacia 1980 frente al Museo del Chopo, que a pesar de diversos cambios de escenario, clausuras, algunas metamorfosis y múltiples razzias policiales, ha cristalizado en un espacio creativo y autogestionado que cada sábado congrega a millares de jóvenes en su actual ubicación detrás de la Terminal de Ferrocarriles Buenavista, no muy lejos de la tristemente célebre plaza de las Tres Culturas.

Sobre las 12 de la mañana estamos citados en el metro Revolución con Maritza, socióloga peruana que está estudiando el rock mexicano, y que fue quien nos habló por primera vez del Chopo (el acceso a este mundo de iniciados proviene siempre de la información oral). En el camino hacia el tianguis nos vamos juntando con una hilera de chavos y chavas de aspecto extravagante, que se dirigen al mismo sitio o retornan satisfechos con un disco o un fanzine bajo el brazo. Detrás de la estación de trenes se abre la calle de Aldama, en una cuadra entre dos calles de nombre simbólico -del Sol y de la Luna-, en la frontera entre dos colonias populares -Buenavista y Guerrero-, cuyos habitantes toleran la invasión semanal de la chaviza. De esa calle desangelada, rodeada por fábricas y postes eléctricos que recrean un escenario plenamente suburbano, surge un hormiguero humano tan bullicioso como bien organizado. Múltiples “changarritos” o puestos que ofrecen mercancías diversas en cuatro hileras paralelas que componen dos calles; compradores o curiosos que las recorren en sentido circular; la imagen típica del tianguis azteca. Y sin embargo, se trata de un tianguis bien particular: los colores que predominan son pocos y oscuros (nada del impacto multicolor del resto de mercados ambulantes); las mercancías seleccionadas especiales (no se venden comestibles ni productos comerciales); el fondo musical muy diferente de las habituales

rancheras (las múltiples variantes del rocanrol); y el público, finalmente, le da al tianguis su sello distintivo (casi todos son jóvenes y la mayoría se viste y comporta en sintonía con el marco en que se mueven).

En este microcosmos nada se deja a la improvisación: los espacios se organizan en función de las “bandas” que los habitan. Antes del mercado propiamente dicho, en la calle de acceso, recostados sobre el muro, los viejos jipitecas ofrecen sus artesanías y productos: aretes, joyas, pañuelos, mocasines. Un tanto al margen de la estela “dark” que predomina en el tianguis, se presentan como garantes del espíritu subterráneo de la contracultura, de la autenticidad antimercantil y ecológica, que remiten en su discurso a la identidad prehispánica, a una ética y estética “tribales” -en el supuesto que pudieran calificarse de “tribales” los imperios mesoamericanos precolombinos- que contraponen a la actual sociedad de consumo. Ya dentro del mercado, en la hilera derecha, el colectivo punk se distingue por su indumentaria y por su número. En sus changarritos, organizados como un escaparate, ofrecen los objetos, atuendos, insignias y músicas que configuran su mundo; predominan las botas y botines de cuero negro con chapas y puntas metálicas. En la hilera central los metaleros -también numerosos- venden sobre todo camisetas, gadgets y cassettes con música heavy metal. En el resto de los puestos, menos identificables -rockers, rockabilies, nuevaoleros, progres, neorrománticos, sicodélicos: sólo están excluidos chavos fresa y pijoputos-, la chaviza puede adquirir fanzines, discos nuevos o usados, pósters y fotos, cassettes piratas, collares, colgantes, cachuchas, tatuajes, pulseras, vestidos, cinturones, cadenas, y todos los elementos y accesorios que alimentan los valores e indumentaria de las diversas tribus urbanas. En torno a las tres hileras -unos 150 changarritos- la numerosa chaviza -más de dos millares de gentes- desfila en forma de noria. Chavos banda provenientes de la periferia urbana, chavas metaleras, punks enterados de las colonias populares, viejos rockeros, estudiantes despistados, turistas y güeritos curiosos, y pocos, muy pocos que rebasen los 30 años. Algún espontáneo se coloca más allá de los puestos y monta su parada improvisada: ofrece discos bajo el brazo, adornos en el suelo, o simplemente propone el trueque. En sintonía con el paisaje, el lenguaje: al extranjero le cuesta entender este idioma que se habla en el Chopo, repleto de giros, argot, entonaciones características. Para dar la vuelta completa a la noria, tardamos una hora y media. Maritza va saludando a amigos y conocidos; curioseamos aquí y allá en busca de un cassette, una revista, un objeto. El ambiente es familiar: la chaviza

se reconoce y saluda, en una complicidad renovada cada sábado. Nos dirá más tarde Emmanuelle, una joven etnóloga francesa que está estudiando este escenario: “Se trata de una microsociedad sabatina. Hay una especie de obligación moral de acudir cada sábado al Chopo. Es casi tan sagrado como acudir a misa”. Reina la paz y la tolerancia absoluta: no hay intermediarios ni extorsionadores como en otros tianguis; nadie se mete con nadie; la droga parece ausente. Sólo se rompe la armonía cuando hace signo de presencia otra banda, la más violenta de todas: se trata de la tira (la policía), que anda al acecho en las fronteras del Chopo, acosando a los chavos de pinta extraña, apresando a los que beben sus chelas en la acera, extorsionándolos para sacar una mordida, y señalando con su presencia los límites de la precaria libertad del tianguis (sólo extraordinariamente su “guerrilla” se hace “guerra”, cuando con cualquier excusa se organiza una razzia). Nos sentamos en un bar para descansar y recuperarnos del fuerte calor. Casi sin darnos cuenta, vemos cómo la tira sube a un chavo en la furgoneta, sin que nadie mueva un dedo: “Tomaba una chela fuera del bar. Eso aquí es delito, y lo aprovechan para extorsionar”. Comentamos extrañados que en nuestra ciudad si pasara eso la gente se echaría encima de la policía, o al menos protestaría: “¡Imposible! ¡Si hacemos eso se acaba el tianguis!”

"El Chopo es un foco de infección en esta ciudad". Son palabras de Ome Toxtli, un chavo punk de Ciudad Nezahualcóyotl que constituye uno de los personajes más característicos del mercado. Ome Toxtli -también conocido como “el ET”- acostumbra plantarse en una esquina; a veces vende alguna mercancía, pero la mayor parte de las ocasiones se dedica a “cotorrear” (extraña palabra, que significa a la vez hacer de todo y no hacer nada). Allí lo encontramos, hablando con otros chavos banda, con su pantalón de mezclilla hecho trizas, su chamarra negra y un original “amuleto” hecho con imperdibles y hojas de afeitar. Nos saludamos según el ritual de la banda (estrechando las manos en dos tiempos: primero con el dedo gordo y después con todos los dedos). Maritza nos lo presenta y le explica que he estudiado las tribus urbanas en Cataluña y que tengo interés en estudiarlas en México. Su primera pregunta es directa: “¿En Cataluña también sois partidarios de la independencia?”. La mayoría de mexicanos que hemos conocido -incluso algún antropólogo- no saben ni dónde está Cataluña. Que un chavo del suburbio

proletario inquiera sobre la identidad diferencial de nuestro país es algo que refleja el carácter transnacional de la circulación cultural en las bandas: buen conocedor de la música punk vasca, y de las tendencias europeas del rock, a través del sonido se ensancha su visión del mundo. Tras platicar un rato sobre Cataluña y la música, le expongo mi deseo de reconstruir la historia de los “Mierdas Punks”, una legendaria banda de Neza de la cual él forma parte. El camino no está trillado: “Hay mucha gente que nos quiere entrevistar y después nunca más se supo. Aprovechan la información para fines sensacionalistas. Incluso, los maestros de escuela encargan a los alumnos que estudien a los pandilleros y nos vienen a ver”. Empieza la negociación, fundada en un razonable deseo de reciprocidad. Tras el mutuo rechazo de que ésta se establezca en términos pecuniarios, Maritza nos propone un intercambio, que Ome Toxtli reelabora en términos paritarios: si ellos me ofrecen información, yo les puedo ofrecer cassettes de grupos de rock catalanes, información del movimiento punk en Europa, libros o ropa negra. Le doy mi dirección y quedamos en que me llamará para acabar de negociar sus servicios como introductor en el espacio y el tiempo de la banda. Tras cumplir mi primer día de “observación participante”, abandonamos el Chopo.

### *The Soprano* en Barcelona

El primer domingo de junio de 2005, a media mañana, recibí una llamada en mi casa de la directora del *Casal de Jóvenes* de Transformadors, en Barcelona, con quien había coincidido unas semanas antes en un curso de postgrado sobre políticas de juventud que yo impartía. Su voz era temblorosa porque estaba en medio de una situación delicada: tenía el casal rodeado por más de un centenar de policías nacionales, que habían montado un dispositivo para fichar a los dos centenares de muchachos y muchachas de origen latinoamericano, la mayoría ecuatorianos pero también de otra docena de nacionalidades, incluyendo a adolescentes, niños y madres con bebés, vestidos con ropa ancha y predominio del color negro (con toques de amarillo), que aquella mañana debían celebrar una reunión en el casal. Sabíamos que eran Latin Kings, aunque ni ella ni yo conocíamos entonces qué se escondía detrás de esta etiqueta, de la que hacía un año y medio los periódicos hablaban a menudo, asociándola



a una peligrosa banda juvenil, semejante a las terroríficas *maras* centroamericanas, y que había saltado a la fama a raíz de la trágica muerte de un joven colombiano, Ronny Tapias, a la salida de un instituto de Barcelona, a fines de 2003 (aunque curiosamente en este caso los Latin Kings no eran victimarios sino víctimas, aunque la prensa los trató como si fueran los malos de la película).

Unas semanas antes de ese domingo yo había entregado a la directora del casal una carta dirigida a los Latin Kings, pidiéndoles una entrevista, con el aval de Luis Barrios, de David Brotherton y de Marcia Esparza, profesores de la City University of New York que llevaban años trabajando con ellos, y que acababan de publicar el libro más importante sobre dicha organización (Brotherton y Barrios, 2003). Era la primera vez que utilizaba un procedimiento tan formal para aproximarme a una subcultura juvenil, pero tras haber leído el citado libro y otros textos sobre tal grupo, y gracias a mis experiencias previas con bandas juveniles en Cataluña y México (Feixa, 1998a), intuía que se trataba de un grupo mucho más complejo que una simple pandilla callejera. Hasta ese día la carta no había obtenido respuesta. De hecho, oficialmente nadie sabía que eran Latin Kings, pero cuando le pidieron a la directora poder reunirse en el casal en nombre de una asociación llamada STAE Nation, el Ayuntamiento lo comunicó a la guardia urbana, que hizo las oportunas averiguaciones, descubriendo que las siglas correspondían a la Sagrada Tribu Atahualpa Ecuador, grupo vinculado a los Latin Kings. Cuando lo supieron, la primera reacción fue expulsarles del local, aunque su comportamiento había sido sumamente correcto y habían abonado religiosamente la tarifa por usar las instalaciones. Por suerte, los Servicios de Prevención del Ayuntamiento me habían encargado a principios de año una investigación sobre los jóvenes de origen latinoamericano en Barcelona, motivada precisamente por la muerte de Ronny Tapias, cuyo objetivo principal era analizar qué había de mito y qué había de real tras la problemática de las denominadas «bandas latinas»; el director de dicho servicio entendió con razón que era el momento de intentar ponernos en contacto con ellos, para incluirlos en nuestro estudio y de paso sondear la posibilidad de iniciar una mediación. También fue clave la intervención del Consejo de la Juventud de Barcelona, que gestionaba el local y cuya junta directiva manifestó que no podía expulsarse un grupo que de momento no habían hecho nada ilícito.

El domingo en cuestión la directora del casal me dijo con voz temblorosa que el líder del grupo, sintiéndose acosado por el dispositivo policial, había pedido hablar

connmigo. Enseguida le pasó el teléfono y escuche la voz de quien luego sabría que era King Manaba. Su voz parecía irritada pero firme. Me ofrecí para mediar en el conflicto, le expliqué sucintamente los objetivos de nuestro estudio y la posibilidad de contactar con las autoridades si ellos estaban de acuerdo, y quedamos al día siguiente en el casal para hablar con calma. Al cabo de un rato la directora me volvió a llamar para decirme que la llamada había surtido efecto, el líder se había quedado muy tranquilo tras hablar connmigo y la policía había desmontado el dispositivo tras fichar a todos los jóvenes (al cabo del tiempo esas fichas servirían para presumir en las ruedas de prensa que tenían controlados a los Latin Kings y que no les dejarían expandirse en España).

Al día siguiente acudí puntual a la cita, junto con mi hijo Santiago, que entonces tenía ocho años y había nacido en Rionegro, Colombia (por cierto, ciudad natal del líder de la banda más famosa del mundo, aunque por otros motivos: Pablo Escobar; hace poco supe por un Latin King de Chicago que me presentó Manaba, que el Narco por antonomasia utilizó a algunos pandilleros y a policías comprados para introducirse en Estados Unidos a través de Puerto Rico). Como eran vacaciones, tenía a mi hijo a mi cargo, pero lo llevé al encuentro para demostrar que no sentía temor y podían fiarse de mí. Además de Manaba, a la reunión acudieron otros dos jóvenes: uno ecuatoriano, King Plocky (que con el tiempo fue deportado a Guayaquil, desde donde a veces me escribe por Messenger); y otro catalán, King Baby White (que con el tiempo se haría famoso por liderar una facción de los Latin Kings opuesta a Manaba y que ahora cumple condena). Estuvimos hablando un buen rato. Manaba me confesó al cabo del tiempo que entonces no las tenían todas consigo: sospechaban que yo podía ser policía -o todavía peor: periodista-, pero se arriesgaron a confiar en mí: la manera de redactar la carta y la alusión a Luis Barrios -que ellos conocían no por sus libros sino por un documental de HBO sobre los Latin Kings de Nueva York: *Black in Gold* (Rowley & Soohen, 2000)-, les hizo pensar que yo podía ser alguien de fiar. El encuentro confirmó mis intuiciones previas sobre el grupo: no se trataba de un grupo criminal, que nunca hubiera aceptado una mediación, sino de un grupo juvenil callejero, como los que yo venía investigando desde los años ochenta; pero al mismo tiempo era un tipo de grupo muy distinto a los que yo había conocido hasta entonces: de carácter transnacional y con un nivel de organización y elaboración simbólica mucho más sofisticado que las pandillas que hasta entonces había estudiado, incluidos las bandas *quinquis* de jóvenes gitanos y mis

cuates mexicanos, los *Mierdas Punks* y los *chavos banda* (Feixa, 1998a). En algún momento temí que los enemigos del proceso de legalización que se inició después pudieran utilizar esa reunión inicial en mi contra, como pasó antes en Nueva York y después en San Salvador, donde los mediadores acabaron siendo acusados, como sucedió con el citado padre Barrios y con el padre Toño, un cura español que se comprometió en la tregua entre el gobierno salvadoreño y las *maras*, a quien visité en su casa en Mexicanos, el suburbio de San Salvador donde asesinaron al cineasta Christian Poveda, director del documental *La vida loca* (Poveda, 2009). Pero como tenía la conciencia muy tranquila, nunca ofrecía nada que se saliera de la legalidad ni pudiera comprometerme ni comprometerlos, y contaba con el apoyo inicial de algunas instituciones, hice de la necesidad virtud y me tiré a la piscina.

El año que siguió a ese encuentro fue frenético. Acabamos nuestra investigación y la presentamos en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona en noviembre de 2005, en unas jornadas en las que además de dos centenares de investigadores y profesionales acudieron un centenar de Latin Kings & Queens, y miembros de la supuesta banda rival: los *Ñetas* -el libro resultado del estudio apareció al año siguiente y tuvo gran impacto, aunque todavía no se centraba en el estudio de las bandas sino más bien el proceso de migración y acogida de los jóvenes latinos en Barcelona (Feixa *et al.*, 2006). Luego impulsé un proyecto de investigación sobre las organizaciones juveniles de calle, al tiempo que se iniciaba el proceso de legalización de Latin Kings y *Ñetas*, con el apoyo de entidades como Fedelatina y el *Instituto Catalán de Derechos Humanos*, que culminó en agosto de 2006 con la constitución de la *Organización Cultural de Reyes y Reinas Latinos de Cataluña*, y que se presentó en sociedad en el mismo Casal de Transformadors, en una masiva rueda de prensa a la que acudieron un centenar de periodistas (incluyendo el *Chicago Tribune*, *Los Angeles Times*, las televisiones españolas y la de Ecuador, que dio cuenta del evento en el noticiero en *prime time*); y de la *Asociación Sociocultural, Musical y Deportiva Ñetas*, al año siguiente. Los dos años que siguieron fueron intensos: conciertos, encuentros, el proyecto *Unidos por el Flow* en el casal de Roquetes en Nou Barris, un barrio poblado por emigrantes (Unidos por el Flow, 2008, 2009), el proyecto de fotografía con el MACBA (Schoellkopf, 2008), el torneo de fútbol entre la veintena de capítulos Latin Kings de Barcelona y su área metropolitana (la *Champion's Kings*), viajes a Madrid, Génova y Nueva York, infinidad de reuniones con *hermanitos* y *hermanitas*, educadores, políticos, policías, periodistas, religiosos, líderes

vecinales, e incluso con el *CNI* (que me invitó a su sede central en Madrid para dar una charla a un centenar de agentes de inteligencia especializados en el tema). Incluso King Manaba y Queen Melody -su pareja entonces, presidenta de la asociación y persona clave en el proceso- fueron invitados a intervenir solemnemente en la comisión de juventud del Parlamento catalán. Como reconocieron varios mandos policiales, durante esos años la violencia no desapareció, pero las peleas se redujeron significativamente, y sobre todo se creo una red de mediadores -incluyendo a policías y líderes de grupos como King Manaba- que intentaban mediar en los conflictos. Pero también hubo momentos duros: tensiones con periodistas sensacionalistas, desencuentros con el Ayuntamiento y con otras instituciones, conflictos internos en el seno de los Latin Kings y también del equipo de investigación provocados por algunos impostores que se aprovecharon de mi y de los jóvenes, e incluso acusaciones en unas jornadas policiales en Rubí que todo se hacía para que un antropólogo se hiciera rico publicando un libro sobre el experimento (del que otros mandos policiales confirmaron su fracaso antes incluso de que empezara).

En 2011, sin que la situación al interior de las pandillas hubiera cambiado, el nuevo consejero de interior del gobierno catalán, proclamó públicamente -primero en *Catalunya Radio* y luego en sede parlamentaria- que se había acabado el “*buenismo*” y empezaba una etapa de “*mano dura*” (lo dijo a continuación de desmentir los casos de corrupción que entonces empezaban a acechar al partido en el gobierno). El equipo de los Mossos d’Esquadra que habían trabajado en el tema con gran profesionalidad y una perspectiva preventiva, vinculados a la unidad de inteligencia, fueron relevados por nuevos mandos, con una visión estrictamente policial del fenómeno, que pasó a depender de la unidad de grupos criminales (centrada entonces y ahora en terrorismo yihadista y narcotráfico). Como me confesó uno de los agentes que habían actuado como mediadores: “Cuando uno tiene un martillo, todo lo que ve son clavos”. De manera que todos los miembros de las pandillas pasaron a ser considerados presuntos delincuentes, incluyendo a menores que estaban todavía en proceso de formación, y para los que la organización cultural había sido una alternativa efectiva a la calle. Ello dio al traste con el proceso: empezó una fase de redadas, persecución y prisión, que coincidió con lo peor de la crisis, durante la cual muchos de mis antiguos informantes perdieron su empleo, regresaron a sus países de origen, o pasaron por la cárcel. Yo abandoné temporalmente el trabajo de campo, guardando los numerosos y

ricos datos etnográficos recopilados para mejor ocasión, mientras otros que apenas habían estado en la periferia del proceso hacían carrera con datos mucho más superficiales, a veces obtenidos con engaños. Por supuesto, no publiqué el libro que debía hacerme rico, lo que Manaba no cesó de recriminarme.

Cuando empiezo a prepararme para saldar esta asignatura pendiente, César Andrade forma parte de nuestro equipo de investigación en la Universitat Pompeu Fabra. Ya no es el joven de 29 años que conocí en 2005. Se ha vuelto una persona madura, a punto de cumplir 44 años, que ha vivido muchas peripecias, pero sigue reclamándome el libro que le prometí que escribiría en nuestro primer encuentro. En 2017 obtuve un *Advanced Grant* del *European Research Council* -la institución que financia las investigaciones más punteras en todos los campos científicos- para investigar las bandas transnacionales como agentes de mediación. Una de mis ideas desde el principio del proyecto fue empezar publicando la historia de vida de King Manaba, pues era un magnífico ejemplo de la idea de las bandas como mediadoras, sin idealizarlas ni estigmatizarlas, a caballo entre la resistencia y la resiliencia (además suponía cerrar un ciclo en mi carrera científica y personal). El proyecto TRANSGANG se inició en enero de 2018 y durante el primer año se ha centrado en la constitución del equipo, compuesto por más de treinta investigadores e investigadoras, que deben estudiar el fenómeno en doce ciudades del sur de Europa, norte de África y América, incluyendo a la “madre tierra” de los Latin Kings y también de los *gang studies* -Chicago- y otros lugares en varios de los cuales este grupo está presente -Medellín, San Salvador, Santiago de Cuba, Milán, Madrid, Barcelona, Casablanca, Túnez, Argel. Por mi parte, me siento en condiciones intelectuales y emocionales de retomar los retos pendientes del estudio sobre la Todopoderosa Nación de Reyes y Reinas Latinos, que dejé pendiente hace casi 15 años.

En cuanto a Manaba, tras vivir intensamente el proceso de legalización (o más precisamente el *proceso constituyente* de la asociación), pasó por arduas dificultades personales: se separó de su antigua compañera y madre de su hijo, Queen Melody, presente en muchas de las entrevistas; vivió la división del grupo en varias facciones, en especial los conflictos con los dirigentes de Ecuador y la escisión del grupo liderado por King Baby White, contrario a la legalización; se quedó desempleado; pasó por la cárcel; recuperó la libertad; volvió a ser detenido en una macrorredada mediatizada que acabó en un juicio de

resultado incierto e inminente. Durante todo el periodo mantuvimos el contacto: cuando estuvo en la cárcel nos escribimos cartas -alguna de las cuales se reproducen en este libro- y le fui a visitar a uno de los centros donde estuvo, un *panóptico* en medio del desierto, en un lugar de Aragón de cuyo nombre no quiero acordarme; al salir en libertad nos fuimos viendo periódicamente, y cuando perdió su nuevo empleo en una fábrica, porque no pudieron hacerle un contrato, le propuse colaborar en el proyecto TRANSGANG como asistente de investigación, encargándose de recopilar materiales, facilitar contactos, transcribir entrevistas, organizar cursos de mediación, hacer fotografías y ayudarme a corregir y editar su propia historia de vida.

El resultado de este proceso fue *El Rey: Diario de un Latin King* (Feixa & Andrade, 2020). El libro está inspirado en la vida de King Manaba, aunque cualquier parecido con la realidad pudiera ser pura coincidencia. El *leit motif* es la memoria personal del protagonista, siempre selectiva: el ejercicio de introspección, narrado por un pandillero que a veces recuerda a Tony Soprano aunque no haya cometido sus fechorías, que conversa con un antropólogo que a veces ejerce de Doctora Melfi sin ser psicoterapeuta, según la famosa serie *The Soprano* (Chase, 1999-2003). De la mafia italoamericana a las bandas latinas, la realidad imita a veces la ficción: la vida de King Manaba parece una vida de película (a veces en forma de *biopic* hagiográfico y otras en forma de *flashback* antibiográfico, a veces en forma de comedia y otras en forma de tragedia). Si algún o alguna cineasta se animan a convertirla en una teleserie -telenovela rosa, serie policíaca, historia épica o comedia de situación-, puede contar con nosotros. Así quizá se cumplirá al fin, 15 años después, la profecía del policía anónimo, que en 2006 dijo que la legalización de los Latin Kings se hacía para enriquecerme publicando un libro.

### *The Wire* en Guanatos

En un episodio de la primera temporada de *The Wire* (Simon, 2002-2008), el joven “encargado” de la venta de drogas en la esquina del suburbio de Baltimore donde se desarrolla la serie, el hogar de los jóvenes pandilleros, enseña a sus pupilos adolescentes el juego del ajedrez: “El rey siempre es el rey. Todos siguen siendo lo que son, menos los peones. Los peones de la partida la palman rápido, salen pronto del juego”. Uno de los chicos le corrige: “A menos

que los tíos sean unos peones muy listos, y se conviertan en reinas”. En otro episodio, el jefe de la policía, para demostrar su eficacia frente a los políticos que piden resultados, ordena una redada masiva para detener a narcotraficantes (aunque en realidad a quienes detienen es a un puñado de adolescentes y jóvenes pandilleros). Los policías más profesionales se quejan de que la redada ha impedido completar la investigación a partir de escuchas a teléfonos y observación sobre el terreno, que empezaba a conducir a los “peces gordos”. Pero nadie les hace caso: las detenciones sirven para maquillar las estadísticas de criminalidad, que tanto gustan a los políticos de Baltimore (y de otros lugares).

La alusión a esta serie de culto viene a cuento de la operación contra los Latin Kings que tuvo lugar en Barcelona y otros municipios de Catalunya el pasado 11-M de 2014 (décimo aniversario del mayor atentado terrorista de la historia de España), en la que se detuvo a 20 miembros de este grupo, incluyendo el supuesto “jefe” de toda España. Una operación que seguía a otras semejantes, realizadas por la policía catalana durante el último año, como la que tuvo lugar una semana antes contra los Bloods, y con anterioridad contra Trinitarios, Black Panthers, Ñetas, Mara Salvatrucha, Vatos Locos y la mayoría de “bandas latinas”. Un modelo semejante al que desde hace tiempo guía la actuación de otras fuerzas y cuerpos de seguridad españoles, de no dar tregua a estos grupos, realizando decenas de redadas y centenares de detenciones, al final de las cuales casi siempre se afirma haberlos “desarticulado” (aunque no tardan en reaparecer con otros nombres y liderazgos). Un modelo surgido en los Estados Unidos (donde llevan más de un siglo combatiendo y encarcelando a las bandas, con resultados de todos conocidos), y que tuvo su máxima expresión en 1998, con la llamada operación Corona, nombre que recibió una macrorredada de más de 1000 policías en la que se detuvo a 78 Latin Kings de Nueva York, precisamente en el momento en que algunos de sus líderes habían empezado a politizarse, una operación orquestada por el entonces alcalde Rudolph Giuliani, creador de las políticas de “tolerancia cero”, con las que tras dejar la alcaldía se hizo rico asesorando a las policías de Centroamérica y del resto del mundo.

Al mediodía sigo los noticiarios, casi calcados en las distintas televisiones, que reproducen la versión policial. Los periodistas han sido convocados para dar fe de los registros y detenciones, como si de una representación en la calle se tratara (el secreto de sumario parece haber quedado en suspenso). El reportaje de la televisión catalana es extenso

y detallado. La escenografía es muy cinematográfica: en una calle del Born de Barcelona se ve a un grupo de policías bajar del vehículo policial junto con un joven detenido (el supuesto “cabecilla”), para realizar un registro en un local, donde supuestamente guardaban armas y drogas, que en este caso no aparecen: quien sí aparece es un ciudadano catalán sin techo, que afirma dormir en ese local por haber sido deshauciado y no tener nada que ver con las bandas.

Todo me recuerda a la serie *The Wire*: la misma escenografía de ghetto urbano (que se traslada de los barrios afroamericanos de Baltimore al centro de Barcelona, no muy lejos del mercado donde se conservan los restos de 1714; *roda el món i torna al Born!*); la manufactura policial de la noticia (la casi total ausencia de visiones contrastadas); la presión por demostrar la eficacia en la lucha contra el crimen, privilegiando la cantidad (el número de detenidos) por encima de la calidad (la prevención del delito); el combate perdido contra las drogas (dirigido contra los pequeños distribuidores, no contra los grandes narcotraficantes); la cuestionable eficacia de tales medidas a medio y largo término, silenciando a sus críticos (incluyendo a policías más profesionales y conocedores del proceso); el tratamiento de los jóvenes pandilleros, presentados como demonios sin rostro, salvajes despersonalizados, más que malos: malísimos; por no hablar del posible origen del dispositivo en escuchas policiales (que en el caso de las bandas latinas es una técnica usada profusamente, quizá no siempre con la debida tutela judicial: poco que ver con el uso de tales procedimientos en el combate contra la corrupción política, donde un rasero muy distinto acabó con la carrera de un juez). Y como en Estados Unidos, del fantasma de las bandas emerge el espectro de un “estado penal” teorizado por autores como Loïc Wacquant, que tolera una zona gris donde algunos principios del estado de derecho (la presunción de inocencia, la culpabilidad individual y no colectiva, el derecho a la tutela efectiva, la proporción entre delitos y penas) parecen quedar en suspenso, y donde la cárcel es el destino natural de este nuevo precariado juvenil (el *lumpenproletariado* del siglo XXI, según Guy Standing).

Como persona me voy a dormir apenado, pues conozco a la mayoría de los protagonistas de esta historia, incluyendo al supuesto cabecilla detenido (en realidad líder de una facción minoritaria, disidente del proceso de legalización, pero que no responde al perfil de peligroso *capo mafioso*); a los portavoces de la Organización de Reyes y Reinas Latinos (que saldrán el día siguiente a desmarcarse del grupo detenido, denunciar el proceso de estigmatización



de todos los Latin Kings y el abandono por parte de las administraciones de las políticas activas de formación y empleo destinadas a los jóvenes excluidos); a los pandilleros de México, Génova, Guayaquil, San Salvador y Chicago que he visitado en los últimos años y me han contado situaciones parecidas; a decenas de policías profesionales y entregados (cuya tarea de prevención y mediación evitó peleas y muertes: ellos más que nadie saben que el problema de las pandillas no tiene una solución policial); a los educadores de calle y de cárcel (que saben que la represión indiscriminada es casi siempre contraproducente); a los periodistas y jueces honestos que se preocupan en buscar la verdad tras los fantasmas.

Pero como investigador no puedo evitar hacerme algunas preguntas incómodas: ¿Quiénes son los reyes y quienes los peones en esta historia? ¿Son realmente estos grupos tan peligrosos como los pintan? ¿No es la guerra contra las pandillas una profecía que se autocumple? ¿Por qué cuando incluso en Centroamérica se han dado cuenta de que las políticas de mano dura son ineficaces aquí las imitamos? ¿Cómo es que en pleno proceso soberanista la policía autonómica abandona políticas preventivas propias e imita las de la guardia civil? ¿Cuánto tardarán en reconstituirse los grupos de los que se asegura han sido descabezados? ¿Tiene sentido procesar sistemáticamente a todas las bandas latinas por el delito de asociación ilícita? ¿Por qué no se actúa con la misma dureza frente a otros grupos juveniles, xenófobos o de extrema derecha, o frente a la corrupción política o económica?

El libro que el lector tiene en sus manos es una especie de *The Wire* a la mexicana (o más bien a la tapatía), una investigación rigurosa, extensa e intensa por las esquinas y las calles, por los lugares y los no lugares, de las pandillas juveniles en una ciudad global (pues Guanatos no deja de ser una adaptación de esos espectros de la globalización tan bien descritos por Saskia Sassen). Un magnífico antídoto contra las operaciones mediáticas y policiales desproporcionadas con aquellas que en Cataluña, México y otros lugares se ha intentado controlar, combatir y perseguir a las bandas. A diferencia de otros libros sobre pandillas, que dan muchos detalles sobre el interior de las mismas pero no abordan el contexto, o en el extremo contrario aquellas que describen a las pandillas exclusivamente desde fuera (desde las visiones policiales, mediáticas, adultas), el libro de Rogelio Marcial y Miguel Vizcarra tiene el mérito de abordar el texto (la narrativa pandillera) en su contexto (la estructura social y territorial de Guadalajara y más allá), en la mejor tradición de la ecología urbana de la escuela de Chicago, pero con las técnicas y teorías la era digital. Una especie de

*The Gang* (la magna obra de Frederic Thrasher sobre las pandillas de Chicago, publicada en 1926), casi un siglo más tarde (los 1313 bandas de Chicago años 20s se proyectan sobre las 660 pandillas –si mis cálculos no fallan- de Guadalajara años 2010s).

Quisiera destacar el equilibrio entre los cuatro capítulos del libro: el primero en que se describe en contexto, el segundo en el que se analizan los discursos mediáticos, el tercero en que se ofrece un panorama general sobre las pandillas en las distintas localizaciones (en base a un cuestionario muy revelador) y el cuarto en el que se penetra en su lado oscuro, la violencia social, a partir de incursiones etnográficas más profundas. El texto me ha ayudado a comprender el trasfondo de la guerra contra las bandas emprendida por el gobierno de Calderón, una realidad que solo había podido seguir por la prensa, distinta a la que pude observar en México DF, Guanatos y otras ciudades mexicanas a principios de los años de 1990s.

*Porque así soy yo* viene a completar una trilogía de enorme valor sobre las pandillas en Guadalajara, que empezó en 1991 con *En la calle otra vez*, la tesis de mi querida y admirada Rossana Reguillo, convertido en un clásico de los estudios culturales, y prosiguió en 1996 con *Desde la esquina se domina*, la tesis de Rogelio Marcial que me permitió conocer por primera vez su trabajo. Gracias a estas tres obras, Guanatos quizá sea, con Chicago, una de las ciudades donde las pandillas juveniles han sido más y mejor estudiadas. Ojalá también llegue a ser conocida como una de las ciudades famosas por sus modelos de prevención y de intervención. La redada contra los Latin Kings en Barcelona y la lectura del libro sobre las pandillas en Guanatos me sugieren una pregunta final: ¿imita *The Wire* a la realidad o es la realidad quien imita a *The Wire*?

### *Gangs of New York en Chicago*

Estoy seguro que a Rogelio Marcial le hubiera encantado leer la traducción castellana de *La Banda / The Gang*, el pionero estudio de Frederic Thrasher sobre las pandillas de Chicago en la tercera década del siglo XX, que traduje junto con María Oliver y publicamos en coedición entre la UPF, la UNAM y el GI de Ginebra, con un extenso estudio introductorio (Feixa et al., 2020). El libro se relacionaba con la clásica novela *Gangs of New York* (Asbury, 1928), llevada al cine por Martin Scorsese (2002), con la diferencia que la novela era ficción y el

libro se basaba en historias reales. Publicar la traducción de un libro casi un siglo después de su publicación original puede significar que el mismo se ha convertido en un clásico -o bien que el problema social que aborda sigue vigente. *The Gang*, fue publicado originalmente en 1927 en las *Sociological Series* de Chicago University Press, colección dirigida por Robert E. Park y Ernest W. Burgess, profesores en el departamento de sociología y antropología de la Universidad, maestros del autor y máximos exponentes de la escuela de ecología urbana que durante el primer tercio de siglo revolucionó los estudios de sociología, geografía y antropología de la ciudad. Muchos -pero no todos- de los estudios asociados con lo que ahora llamamos la Escuela de sociología de Chicago tomaron esta ciudad -entonces una de las ciudades más dinámicas del mundo- como un laboratorio de investigación, y se produjeron un sinnúmero de etnografías sobre las distintas facetas del *melting pot* urbano. Como Park expone en el Prefacio a este libro, las bandas juveniles eran una pieza crucial en este rompecabezas, y Thrasher fue el encargado de dibujar sus contornos, pintar su interior y ubicarlo en el mapa de una ciudad en ebullición.

¿Tiene algo que aportarnos una investigación sobre las bandas realizada hace un siglo sobre las bandas de hoy? ¿Qué permanece y qué ha quedado obsoleto en el análisis de Thrasher, tanto en cuanto respecta a sus teorías como en cuanto se refiere a los métodos etnográficos usados y a sus conclusiones aplicadas? De entrada, una de las primeras tareas del proyecto TRANSGANG fue revisar el pasaje más famoso y citado -a menudo con citas de segundas- del libro de Thrasher: su definición de banda. Reproducimos a continuación la definición original y nuestra redefinición -con añadidos en negrita- para orientar el estudio de las bandas transnacionales actuales:

Una banda es un grupo intersticial formado en su origen espontáneamente e integrado después mediante el conflicto. Se caracteriza por el siguiente tipo de comportamiento: encuentros cara a cara, peleas, movimientos en el espacio como si fuera una unidad, conflictos con grupos similares, y planificación. El resultado de este comportamiento colectivo es el desarrollo de una tradición, una estructura interna no reflexiva, *esprit de corps*, solidaridad moral, orgullo de grupo y vínculo con un territorio local. (Thrasher, 1926/1936/2013: 57)

Una banda (**transnacional**) es un grupo intersticial formado en su origen

espontáneamente e integrado después mediante el conflicto. Se caracteriza por el siguiente tipo de comportamiento: encuentros cara a cara (**y online**), peleas (**y diversión**), movimientos en el espacio como si fuera una unidad (**y búsqueda de espacios íntimos**), conflictos (**y alianzas**) con grupos similares, y planificación. El resultado de este comportamiento colectivo es el desarrollo de una tradición, una estructura interna no reflexiva (**y el establecimiento de reglas para regular los intercambios con otras bandas e instituciones**), espíritu de equipo, solidaridad moral, conciencia de grupo e identidad vinculada al territorio (**ya sea en su lugar de origen, en su nuevo hogar o en el ciberespacio**). (Feixa et al., 2019: 46)

Es decir, la definición de Thrasher puede seguir siendo vigente, a condición de tener en cuenta de que hoy las bandas ya no son (solo) grupos locales, juveniles, masculinos, cara a cara, sino (también) grupos transnacionales, intergeneracionales, mixtos y virtuales. Un ejemplo emblemático de esta redefinición es la historia de una de las bandas transnacionales más famosas, que es uno de los grupos que se propone estudiar el proyecto TRANSGANG: los Latin Kings (Feixa & Andrade, 2020). Dicho grupo nació también en Chicago, considerada como la “madre tierra” en la literatura de la organización. Eso sucedió a principios de los años 60s, gracias a la llegada masiva de emigración latinoamericana -mexicana y portorriqueña, fundamentalmente- tras la II Guerra Mundial. En el libro de Thrasher no aparece casi ninguna banda latina o hispana, pues hasta los años 20s la inmigración de estas nacionalidades era todavía muy escasa. Pero desde los años 40s hasta los 80s fue la inmigración dominante, por lo que las bandas latinas, junto con las afroamericanas, se convirtieron en las más importantes en Chicago.

Hace poco el proyecto TRANSGANG recibió la visita de dos miembros veteranos chicaguenses de este grupo, que estaban de paso visitando a “hermanitos” y “hermanitas” europeos, y compartieron con nosotros su historia. Nacida como banda callejera en Chicago, según el modelo clásico de pandilla de esquina fundamentalmente masculina, luego se reorganizó en la cárcel a partir de la literatura producida por algunos líderes. En los 60s se vincularon al movimiento por los derechos civiles -Martin Luther King pronunció su discurso más famoso en el South Side de Chicago, en el corazón de Bandolandia-, aceptando

a mujeres y rebautizándose como Latin Kings & Queens. En la década de 1970 el grupo se difundió por otras ciudades norteamericanas, implantándose fuertemente en Nueva York, donde se recreó con el nombre oficial de Almighty Latin King and Queen Nation [Todopoderosa Nación de los Reyes y Reinas Latinos]. Desde entonces la rivalidad entre Chicago y Nueva York por el liderazgo de la organización se hizo presente. En los años 90 la Nación se difundió por varios países latinoamericanos, debido a la desastrosa política de deportaciones emprendida desde entonces por algunos dirigentes como Ronald Reagan y Rudolf Giuliani. En 1994 llegaron a Guayaquil y “plantaron bandera” en Ecuador. En 2000 los Latin Kings llegaron a Europa, implantándose en varias ciudades de España, Italia, Bélgica e incluso Suecia. En la actualidad, los Latin Kings & Queens siguen siendo una “banda” local de Chicago -denominada la Tribu del Sol-, pero al mismo tiempo son una “banda” transnacional presente en muchos países y también en el ciberespacio.

Así pues, Chicago es el origen de la “Bandología”, pero también ha exportado el modelo de muchas bandas transnacionales. ¿Cuáles son sus rasgos hoy? ¿Qué conservan de las formas de organización y vida cotidiana de las 1313 bandas estudiadas por Thrasher? ¿En qué medida son útiles los postulados teóricos de la escuela de Chicago para estudiar a las bandas actuales? ¿Pueden aplicarse las mismas metodologías? ¿Sirven las recetas para “redirigirlas” hacia fines que no sean criminales? Como se ha dicho previamente, el hecho de que el tema de las bandas siga vigente en el siglo XXI implica que no es un fenómeno puntual ni de un espacio o de un tiempo determinados, sino que responde a una necesidad por parte de sus miembros, necesidad que no parece, en su raíz, haber cambiado mucho en el último siglo. Cuando Thrasher dibuja el perfil del pandillero, o los perfiles más estereotípicos, está ofreciendo unas pautas que aún hoy son reconocibles en los sujetos que forman parte de la investigación de los distintos proyectos de investigación e intervención sobre bandas y pandillas en la actualidad. También, como el autor indica, encontramos que no hay dos bandas iguales, pero que las similitudes se mueven dentro de los parámetros por él descubiertos, con las “actualizaciones” que la globalización y las redes sociales han aportado al fenómeno. Por último, las respuestas policiales y penales hacia el fenómeno de las bandas tampoco parecen haber cambiado demasiado.

Uno de los países dónde este carácter global y multifacético del fenómeno pandillero -o de las bandas o *gangs*-, puede observarse con mayor profundidad es México. A caballo

entre Estados Unidos y América Latina, la emergencia de las bandas juveniles tuvo su primera visibilidad en los años cuarenta, con la irrupción de los *pachucos* desde la frontera norte, que pronto llegaron hasta la Ciudad de México, hasta el punto de que el premio nobel de literatura Octavio Paz, los consideró un “epítome de la mexicanidad” (Paz, 1950/1990). El contraste con versiones autóctonas se hizo visible en el cine a través del clásico filme de Luis Buñuel, *Los Olvidados* (1950/1980), que describía de manera realista y onírica las “palomillas” de la Ciudad de México (véase Villafuerte *et al.*, 1984; Valenzuela, 1988; Feixa, 2016). La influencia norteamericana -más concretamente de la comunidad *chicana* en California-, se hizo de nuevo presente en los años sesenta y setenta, con la expansión de los *cholos* (véase Barrera, 1979; Valenzuela, 1984). Pero no fue hasta los años ochenta, con la irrupción de los “*chavos banda*”, cuando el fenómeno alcanzó impacto nacional, en particular a raíz de la emergencia de Los Panchitos en el barrio de Santa Fe, al poniente de la ciudad de México, de la que en 2020 se cumplen 40 años. Aunque los primeros estudios sobre el tema enfatizan la dimensión cultural, política y comunicativa de los *chavos banda*,<sup>4</sup> con el nuevo siglo la hegemonía del narcotráfico y la cercanía geográfica de las *maras* centroamericanas, convertirán a muchas bandas juveniles en “carne de cañón” -o “chivo expiatorio”- de organizaciones criminales transnacionales. Pero esta ya es otra historia.

### *Ya no estoy aquí en Rabat*

Cierro este recorrido con el presente (octubre de 2021). Me encuentro en Rabat, la capital política de Marruecos, para llevar a cabo una visita etnográfica de supervisión del trabajo de campo sobre pandillas juveniles en el marco del proyecto TRANSGANG, de la mano de Rachid, sociólogo marroquí que es el investigador local del proyecto (Sánchez-García *et al.*, 2021). Aunque en el norte de África no existen *gangs* equiparables a los que existen en Europa y América, hay grupos juveniles de calle que responden a los rasgos de la cultura local, pero que también se ubican en el espacio transnacional a partir de la posibilidad y de la realidad de una triple aventura: la aventura de sobrevivir en la economía informal mediante el pequeño tráfico de drogas; la aventura de la integración en el yihadismo global; y la aventura

4 Véase Villafuerte *et al.*, 1984; Gomezjara, 1987; Valenzuela, 1988; Reguillo, 1991; Feixa, 1995, 1998b; Castillo *et al.*, 1996; Marcial, 1996, 1997; Urteaga, 1998; Nateras, 2002; entre muchos otros.

de la migración a Europa. Los *harraga* -los muchachos literalmente “quemados” de los barrios pobres de Rabat-Sale- con los que hablamos me recuerdan a Ulises, el protagonista de *Ya no estoy aquí* (Parra, 2020), la película mexicana ambientada en la guerra contra el narcotráfico en Monterrey a fines de la primera década del siglo XXI a través de un joven que pertenece a la subcultura Kolombiana y se propone emigrar a los Estados Unidos.

En Sidi Moussa, un barrio popular situado frente al Atlántico, nos reunimos con un grupo juvenil de calle que sobrevive en base a pequeños trapicheos. Lo hacemos en casa de la matriarca, una mujer de 60 años que llamaré la Guardiania, la única de esta especial familia con trabajo estable como asistente doméstica, que nos ofrece una copiosa merienda. Una de sus hijas es madre soltera cuyo excompañero esté en la cárcel por tráfico. También tiene a su cargo una nieta que espera viajar pronto a Suecia donde vive su madre. Su hijo, uno de los informantes de Rachid, trabaja oficialmente como guardacoches en el mercado cercano, aunque en realidad su empleo informal es una fachada de su trabajo real: el pequeño tráfico de drogas. Durante el improvisado *focus group* intergeneracional e intersexual este joven va llevando y nos va presentado a los miembros de su “banda”, que bautizamos como *Second Hand Houma* por tres razones: “segunda mano” porque se dedican a vender productos reciclados en el mercado local; la mayoría han pasado por escuelas o centros eufemísticamente llamados de “segunda oportunidad” (que acogen a jóvenes sin familia o fracasados del sistema); *houma* es el nombre en árabe dialectal que se refiere tanto al pequeño barrio -la esquina- como al grupo juvenil que lo habita.

A medida que los muchachos van llegando se sientan en los bancos del salón y nos van contando sus historias. Mohamed por ejemplo es un joven estudiante de 23 años que canta rap: nos enseña orgulloso la lírica que acababa de subir a youtube y nos dice que su objetivo es conseguir una visa para emigrar a Francia; Youssef vende pescado en el mercado y critica la falta de oportunidades de los jóvenes marroquíes (“Mejor morir ahogado en el mar que desangrarse vena a vena”); quien más nos impresiona es Chacha, un joven adulto de 30 años con la cara demacrada y varias heridas en su piel pero con una mirada de niño, que nos enseña su pecho lleno de cortes y sus brazos con tatuajes recuerdo de su paso por la cárcel. Desde niño fue abandonado por su madre, creció como si fuera huérfano aprendiendo a sobrevivir primero en un centro de menores y luego en la calle, con la ayuda de su grupo, ha emigrado a varias ciudades de Marruecos pero siempre acaba regresando a su barrio.

Chacha es autor de algunos aforismos, al mismo tiempo fatalistas y esperanzados. Es el único del grupo que no se plantea emigrar a Europa, pero ahora que va haciéndose adulto no quiere morir “vena a vena” sino que busca renacer. Las muchachas -Fatma y Radia- también forman parte del grupo, aunque su vida no es en la calle sino puertas adentro; participan episódicamente en la discusión. Al final la matriarca sentencia que su juventud tenían menos medios materiales, pero no tenían las tentaciones autodestructivas que tienen ahora (“Los celulares les distraen, es un mundo banal, estos muchachos se entretienen porque no ven futuro. Es una generación perdida”).

Al salir a la calle y hacernos una *selfie* Rachid resume las conclusiones del intenso diálogo: “Los muchachos del grupo tienen trayectorias familiares, educativas, laborales y migratorias opuestas, lo que les une son sus raíces comunes en el barrio. Las diferencias sociales pueden crear conflictos dentro del grupo pero pueden ser también el nexo de unión; el empleo y la estabilidad puede facilitar salir del grupo; los individuos fuera del grupo no son lo mismo que dentro, las emociones a veces no son visibles pero el grupo les endurece”. Salvando las distancias, los grupos juveniles de calle -las llamadas bandas- son al mismo tiempo las microestructuras sociales más locales, y al mismo tiempo las más universales. Son conclusiones que podrían aplicarse a los miembros de los Mierdas Punks con quienes coincidí en Ciudad Neza hace treinta años, y que seguramente Rogelio Marcial podría sostener.

## Epílogo

Los cuatro momentos que he descrito en mi propia trayectoria como investigador de las bandas juveniles evocan lugares, tendencias subculturales, influencias teóricas y marcos sociopolíticos cambiantes, que de algún modo recorrí en paralelo a la trayectoria de Marcial: los bandas en la Chicago de los años 1920, los chavos banda en la ciudad de México de los años 1990, las bandas latinas en la Barcelona de los años 2000, las bandas tapatías en la Guadalajara de los años 2010, y las bandas marroquíes de 2021, son manifestaciones de parecidas necesidades juveniles en variados contextos ecológicos y sociales. Por una parte, son una manifestación de la necesidad de expresarse en el espacio público, de proclamar una existencia como colectivo, a través de la escritura de las bardas, pero también a través de



la presencia en la esquina del barrio, de los medios de comunicación y del mundo digital. Por otra parte, son una manifestación de la necesidad de expresarse en el espacio íntimo, corporal, de proclamar una existencia individual, a través de la escritura de la piel, pero también de la vestimenta, de los sentimientos, de la toma de conciencia personal, de la búsqueda de respeto. Las bandas *glocales* que Rogelio Marcial estudio en tierras tapatías y que observó en sus viajes por Cuba, Cataluña y otros rumbos de Iberoamérica. Las bandas como microcosmos de los mundos de vida que encierran y liberan a los jóvenes del siglo XX y del siglo XXI. Las bandas como metáfora de lo que cambia fuera y de lo que permanece dentro. Las bandas cuyas bardas y cuya piel observó Marcial y que a través de su mirada volvemos a observar nosotros. Las bandas que en el fondo reflejan nuestra propia imagen y nos la devuelven deformada.

## Referencias

- Asbury, H. (1928). *The Gangs of New York*. New York: Garden City Publishing.
- Barrera, D. (1979). Los cholos: notas sobre el desarrollo del pandillerismo juvenil en Tijuana. *Antropología e Historia*, 28.
- Brotherton, D. C., & Barrios, L. (2003/2016). *The Almighty Latin King and Queen Nation. Street politics and the transformation of a New York City gang*. New York: Columbia University Press [*Las pandillas como movimiento social. La historia de los kings y queens latinos en la ciudad de Nueva York*. San Salvador: UCA Editores].
- Castillo, H., Zermeño, S., & Ziccardi, A. (1995). Juventud popular y bandas en la ciudad de México. En N. García Canclini (Ed.). *Cultura y pospolítica* (pp. 273-294). México: CNCA.
- Feixa, C. (1995). Tribus urbanas & chavos banda. *Nueva Antropología*, 47, 71-93.
- Feixa, C. (1998a). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Feixa, C. (1998b). *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*. México: Causa Joven.

- Feixa, C. (2010). ¿Tiene edad la identidad? En: R. Marcial (Ed.), *Identidades sociales de mexicanos dentro y fuera de México* (pp. 81-84). Zapopan (México): El Colegio de Jalisco.
- Feixa, C. (2014). 'The Wire' en Guanatos. In R. Marcial & M. Vizcarra, *'Porque así soy yo'. Identidad, violencias y alternativas sociales entre jóvenes pertenecientes a 'barrios' o 'pandillas' en colonias conflictivas de Zapopan* (pp. 15-20). Zapopan (México): El Colegio de Jalisco.
- Feixa, C. (2016). 'Asesinos adolescentes, asesinados': Representaciones de la adolescencia en 'Los Olvidados', de Luis Buñuel. En A. Nateras (Coord.), *Juventudes sitiadas y resistencias afectivas. Tomo I: Violencias y anquilamiento* (pp. 77-110). México: Gedisa-UAM.
- Feixa, C. (Dir.), Sánchez García, J. (Coord.), Ballesté, E., Cano-Hila, A. B., Masanet, M.-J., Mecca, M., & Oliver, M. (2019). *La (Trans) Banda: Notas y cuestiones para la investigación de grupos juveniles de calle*. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra & European Research Council. <http://dx.doi.org/10.31009/transgang.2019.wp02.2>.
- Feixa, C., Rodgers, D., Pérez-Islas, J. A., Oliver, M. (2021). Introducción a la edición castellana: Revisitando The Gang. In Thrasher, F.M., *La Banda (The Gang). Un estudio sobre 1313 bandas de Chicago* (pp. 11-50). Feixa, C., & Oliver, M. (Eds). Barcelona: NED.
- Feixa, C. & Andrade, C. (2020). *El Rey. Diario de un Latin King*. Barcelona: NED Ediciones.
- Feixa, C. & Valle, F. (2022, In Press). *Así nacieron los Mierdas Punks*. México: NED.
- Feixa, C. (Dir.), Porzio, L., & Recio, C. (Coords.). (2006). *Jóvenes latinos en Barcelona. Espacio público y cultura urbana*. Barcelona: Anthropos.
- Gomezjara, F. (1987). ¿Por qué estudiamos a las bandas en tiempos de crisis? En Gomezjara, F., F. Villafuerte, et al. *Las bandas en tiempos de crisis* (pp. 7-22). México: Nueva Sociología.
- Marcial, R. (1996). *Desde la esquina se domina*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- Marcial, R. (1997). *Jóvenes y presencia colectiva*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.

- Marcial, R. (2004). El contexto de las manifestaciones juveniles: la cultura, la política y la tolerancia a debate. En: Reguillo, R., Feixa, C., Valdez, M., Gómez-Granell, C., & Pérez-Islas, J.A. (Eds.). (2004). *Tiempo de híbridos. Entresiglos: Jóvenes México-Cataluña / Temps d'híbrids. Entresegles: Joves Catalunya-Mèxic*. México DF: Secretaría de Educación Pública, Instituto Mexicano de la Juventud, Secretaria General de la Joventut, CIIMU.
- Marcial, R. & Vizcarra, M. (2014). *Porque así soy yo. Identidad, violencias y alternativas sociales entre jóvenes pertenecientes a 'barrios' o 'pandillas' en colonias conflictivas de Zapopan* (pp. 15-20). Zapopan (México): El Colegio de Jalisco.
- Nateras, A. (Coord.), Chacón, A., Feixa, C., Marcial, R., & Cruz, S. (2016). *Juventudes sitiadas y resistencias afectivas. Tomo I: Violencias y aniquilamiento*. México: Editorial Gedisa/ Universidad Autónoma Metropolitana.
- Nateras, A. (Ed.). (2002). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM.
- Paz, O. (1950/1990). El pachuco y otros extremos. *El laberinto de la soledad* (pp. 9-25). México: FCE.
- Reguillo, R. (1991). *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, Guadalajara, ITESO.
- Reguillo, R., Feixa, C., Valdez, M., Gómez-Granell, C., & Pérez-Islas, J.A. (Eds.). (2004). *Tiempo de híbridos. Entresiglos: Jóvenes México-Cataluña / Temps d'híbrids. Entresegles: Joves Catalunya-Mèxic*. México DF: Secretaría de Educación Pública, Instituto Mexicano de la Juventud, Secretaria General de la Joventut, CIIMU.
- Sánchez-García J, Boucherf K, Omrane M, Najar S, Touhtouh R, Feixa C. (2021). *Beyond marginalization: youth street groups in Northern Africa*. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra, European Research Council. <http://dx.doi.org/10.31009/transgang.2021.wp05.1>.
- Schoellkopf, J-L. (2008). Altres xarxes socials: els Latin kings. En *Imatges metropolitanas de la nova Barcelona*. Barcelona: Macba-El Periódico.

- Thrasher, F.M. (1926/2021). *La Banda (The Gang). Un estudio sobre 1313 bandas de Chicago*. Feixa, C., & Oliver, M. (Eds). Barcelona: NED.
- Unidos por el Flow (2008). *Latin Kings, Ñetas y otros jóvenes de Barcelona... Unidos por el Flow*. Barcelona: K. Industria Cultural.
- Urteaga, M. (1998). *Por los Territorios del Rock. Identidades Juveniles y Rock Mexicano*. México: Culturas Populares/ Causa Joven.
- Valenzuela, J. M. (1984). El cholismo en Tijuana. *Revista de Estudios sobre Juventud*, 1, 50-64.
- Valenzuela, J. M. (1988). *¡A la brava ése! Cholos, punks, chavos banda*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Villafuerte, F.; López, C. I. & Nava, R. J. (1984). *Donde empieza el silencio. Genealogía de las bandas juveniles*. México: Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud.

## Filmografía

- Buñuel, L. (1950/1980). *Los olvidados*. México: Era.
- Chase, D. (1999-2003). *The Sopranos*. USA: HBO.
- Parra, P. (2020). *Ya no estoy aquí*. México: Netflix.
- Poveda, Ch. (2009). *La vida loca*. España-Francia-México.
- Rowley, R., & Soohen, S. (2000). *Black and Gold*. USA: Big Noises Film. (75').
- Scorsese, M. (2002). *Gangs of New York*, USA: Miramax.
- Simon, D. (2000-2008). *The Wire*. USA: HBO.
- Unidos por el Flow. (2009). *Latin kings, Ñetas y otros jóvenes de Barcelona... Unidos por el Flow*. España: K Industrial Cultural.